

Una experiencia religiosa. Dr. Alberto Ekboir

Hace unos años recibí a Eitan, en ese momento de 16 años de edad. Lo atendí hasta sus 22 años de modo discontinuo. Era el mayor de cuatro hermanos. Sus padres, especialmente la madre, eran muy profesantes y pertenecían a una comunidad judía ortodoxa

El motivo de consulta había sido la observación de juegos eróticos con niños pequeños en el patio de la sinagoga donde Eitan concurría a estudiar. Los padres, muy alarmados por la conducta del muchacho y por el intenso bochorno ante la comunidad, me pidieron que lo vea con urgencia.

Conocía a Eitan desde chico, dado que lo había visto cuando tenía 8 o 9 años por las dificultades escolares y episodios de intensa ansiedad. En ese momento, hicimos algunas entrevistas familiares y la sintomatología cedió rápidamente.

Más tarde, los padres tuvieron conmigo varias sesiones de pareja con frecuencia discontinua. En ese tiempo, fui testigo de su transformación desde una pareja judía moderadamente observante a una militantemente ortodoxa. Esta transformación ocupó una parte importante de la conflictiva conyugal, en la cual la madre tenía la iniciativa y al marido, muy deprimido, le quedaba el sometimiento.

Gran parte de la conflictiva de Eitan giraba alrededor de su identidad sexual, su intensa curiosidad y atracción por el mundo extra comunitario y el terror a la expulsión de la comunidad y la aspiración de ser como su madre y el rabino deseaban. La relación con su padre, con quien trabajaba era muy mala, dado que Eitan tenía un profundo desprecio por la figura paterna. Este, por su parte, no tenía ninguna empatía por el muchacho.

Eitan nunca aceptó tener un tratamiento periódico con frecuencias ordenadas y previsibles. Concurría cuando la intensidad de la angustia o el apremio externo lo empujaban y se iba en cuanto se sentía mejor. Aun así, era un paciente afectuoso y muy interesado en la relación personal que teníamos. Entonces, mi suposición era que, dada la intensa conflictiva homosexual, Eitan entraba en un conflicto severo de lealtad con la comunidad si se ligaba a mí, como persona y analista.

Cuando ya teníamos cierto tiempo de conocimiento mutuo, Eitan cuenta que se ha acercado a miembros de una comunidad ortodoxa muy

militante, que tiene como objetivo traer de vuelta a judíos que se han alejado de la Torá.

En mi biblioteca, observa un mezuzá de plata que tengo como adorno y no fijada al marco de la puerta, donde debería ir según el mandato ritual.

Enojado durante varias sesiones porque no la pongo donde corresponde, me insiste en que la use, que me va a traer un buen fragmento de la Torá y que deberíamos hacer adecuadamente el rito juntos, dado que se ve que no soy un ignorante...

Al principio, lo escuchaba en silencio y le señalaba lo difícil que era para él compartir algo con alguien que pensara de modo distinto y que al mismo tiempo tuviera una cultura común.

En cierto momento, cuando nos despedíamos y luego de que Eitan estuviera particularmente insistente, le dije, de modo espontáneo y algo irritado, que yo no podía hacer eso, que no podía participar de un ritual que para mí no tuviera sentido "ba lev" (en hebreo: en el corazón).

Se quedó paralizado con mi respuesta. En un encuentro posterior, semanas más tarde, me pide que le aclare el sentido de "ba lev". Le aclaro lo que representaba para mí y le digo que quizás le llamara la atención que algo se pudiera hacer por convicción o deseo y no por sometimiento.

No pretendo en estas líneas hacer una síntesis siquiera breve de lo que fue el tratamiento de Eitan. Por cierto, fue algo infrecuente, por lo menos para mí, que no suelo ver pacientes judíos ultraortodoxos. Pero sí fue algo intenso en la medida que puso muy en tensión el eje transferencia/contratransferencia, es decir, la relación entre Eitan y yo.

Por un lado, teníamos el interés compartido de entender lo que le pasaba, lo que daba fundamento a una relación colaborativa; por otro, compartíamos la tensión de tener una cultura (en parte) común y posicionarnos de un modo diferente frente a la religiosidad.

Tomaré dos líneas conceptuales.

La primera, muy breve, es la organización, precaria y dolorosa del Complejo de Edipo negativo. La relación de Eitan con su papá era muy mala pues este ocupaba un lugar devaluado dada su depresión, el tormentoso sometimiento a su esposa y la carencia de empatía hacia su hijo mayor. Además, en la medida en que, pese a las dificultades, el

muchacho establecía una relación significativa conmigo, la relación con el padre se hacía muy difícil. Por lo tanto, el padre no se podía ofrecer como una base segura y confiable y desde otro marco referencial, como una figura de identificación adecuada.

La segunda línea conceptual es la relación con la madre y a través de ella, con la comunidad religiosa ortodoxa a la que pertenecía.

La madre era una mujer joven, alegre, vital, afectuosa, ansiosa y que imponía su voluntad. Había estado muy involucrada en la separación tormentosa de sus propios padres y en forma simultánea se fue acercando a la comunidad religiosa, que le dio mucho soporte afectivo y un sostén en la organización de su propia familia. También, de algún modo, le organizó su propia vida erótica con su marido deprimido y quejoso.

Para Eitan era su base segura y, sin dudar, mucho más confiable que la figura paterna. Pero le resultaba muy difícil pensar en algo que desilusionara a la madre. En ese sentido, cabe asociar la propuesta freudiana en la cual el retiro del amor es equivalente a la amenaza de castración.

A lo largo del tiempo que traté a este conjunto familiar, pude armar varias hipótesis de trabajo. Pero a los fines de estas líneas, quisiera elegir una: el modelo de hominización y relaciones colaborativas que propone M. Tomasello (2019).

De forma muy sucinta, este autor propone que una característica principal de la hominización, es la capacidad distintiva de los humanos en relación a otros primates, de establecer relaciones de tipo colaborativo tanto sincrónica como diacrónicamente. Se refiere a la posibilidad de establecer relaciones colaborativas con pares y figuras cercanas inmediatas: padres, parientes en general, vecinos, etc. como con figuras e ideas de otro tiempo, es decir, la creación y la transmisión de la cultura.

También propone, a partir de estudios comparativos en primates superiores, en niños pequeños y en comunidades de cazadores recolectores, que esas relaciones colaborativas se hacen con personas con las que se tiene conocimiento y acceso directo, es decir, la tribu o el grupo ampliado. Por lo general, a las personas que no pertenecen a ese grupo próximo no se las reconocerá como afines y/o semejantes: de hecho, muchas culturas tienden a llamar a los miembros de la tribu con las

mismas palabras con las que se reconocen a sí mismos como seres humanos. De ese modo, el intercambio de información, mercancías o sexualidad es un fenómeno complejo, altamente ambivalente y sujeto a múltiples regulaciones, tanto en lo que se refiere a los miembros de la comunidad como con aquellos que no lo son.

Por lo tanto, los miembros del grupo tenderán a tener fuertes vínculos entre sí, así como relaciones ambivalentes, hostiles o proscriptas con otros que no son de la comunidad. Al mismo tiempo, la relación con los conjuntos sociales fuera de la comunidad es necesaria y algún tipo de interacción se impone. La interfase es variablemente tensa y las comunidades ortodoxas regulan muy activamente esta tensión.

Así, la relación conmigo estaba atravesada por esta conflictiva. Por un lado, era un semejante en la medida en que yo también era judío y compartía algunos aspectos de la cultura común y al mismo tiempo, era un extranjero, un no creyente, alguien que pudiendo estar adentro estaba afuera. Por un lado, representaba la tentación de la exogamia y por otro, el terror a la expulsión de la comunidad.

Para mí también era un conflicto intenso dado que debía sostener mi propia posición subjetiva y al mismo tiempo ayudarlo en lo posible a encontrar su camino sin intentar capturarlo.

En ese sentido, debíamos tener presente dos objetivos:

- 1) Sostener la relación colaborativa entre ambos, dado que los dos compartíamos el objetivo de comprender y transformar los intensos conflictos de Eitan en el marco de nuestra relación terapéutica y
- 2) Tolerar y respetar las significativas diferencias en nuestros posicionamientos subjetivos, sin dar lugar a la mutua captura ni a la ruptura del encuentro intersubjetivo.

Bibliografía:

Tomasello M. (2019) *Becoming human: a theory of ontogeny*. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press.

